Compendium

Opperman de unci pl.

ESPINAS DE UNA FLOR,

SEGUNDA PARTE DE

¡FLOR DE UN DIA!!

DRAMA EN VERSO, EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO CAMPRODON.

Representado por primera vez en el teatro del Drama, en Marzo de 1852.

Protou.

NOVENA EDICION.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

La propiedad de este drama, la del de

Flor de un dia.
Libertinaje y pasion.
Una ráfaga.

y la del libreto de las zarzuelas

El Dominó azul.
Los Diamantes de la Corona.
Tres para una.
Guerra á muerte.
El Vizconde.
El Diablo en el poder.
El Lancero.
Juan Lanas.
Una vieja.
Una niña.
La Jardinera.
Por conquista.
Un pleito.
Beltran el aventurero.
Un Cocinero.
¡Quien manda manda!!
El diablo las carga.
El zapatero y el banquero.
El gran bandido.
Del palacio á la taberna.
Los dos mellizos.
Los suicidas.
Marina.

pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

EXCMO. SR. D. LUIS JOSÉ SARTORIUS,

Conde de San Luis.

Muy Sr. mio: Creo que pesa un deber de delicadeza y gratitud sobre todos los que cultivan con fé la literatura dramática, de pagar un tributo de justa correspondencia á los desvelos y laudables esfuerzos del hombre que en el poder pretendió hacer de la literatura una carrera digna, considerada y gloriosa.

Yo, que la he emprendido con tanta fé como el que mas, pensé desquitarme de esta deuda, dedicando á V. E. mi primera produccion: entonces era V. E. ministro, y este fué el único motivo que me impidió hacerlo: la poca conciencia de la propia fuerza me hacia apocado, y el temor de que mi insignificante dedicatoria pareciese una adulacion, me hacia orgulloso.

Hoy que estas consideraciones han perdido alguna parte de su fuerza, tengo el honor de dedicarle Las espinas de una flor, sintiendo solo el que esta obra no sea tan digna de su buen talento como yo quisiera.

Con esta ocasion me complazco en renovar á V. E. mis respetos, y en repetirme de V. E.

S. S. Q. B. S. M.

S. Camprodon.

Madrid 13 de Marzo de 1852.

714266

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/espinasdeunaflor00camp_0

Sr. D. Francisco Camprodon.

Muy Sr. mio, de todo mi aprecio: La carta con que me ha honrado V. ayer ofreciéndome la dedicatoria de su segunda comedia Espinas de una flor, es para mí una flor sin las espinas que en otras tantas he hallado. En ese mismo conato mio que ha movido á V. á dedicarme su obra, en el deseo que siempre me ha animado de proteger al talento y de estimular á cuantos pueden demostrar al mundo que nuestra pobre patria produce aun dignos descendientes de los que con sus trabajos literarios llevaron el nombre español á todos los ámbitos de la tierra, ¡cuántas espinas me han punzado, no ya las manos, sino el corazon y el alma!

Sea, pues, bien venida esa flor que V. tiene la bondad de enviarme. Ella será para mí una siempreviva, que conservaré toda mi vida con gratitud sincera. Solo siento que en cambio de un don que tanto estimo por su índole y por la ilustrada persona de quien procede, nada pueda ofrecer á V. sino la estéril, pero verdadera amistad de su afectísimo y atento servidor

Q. B. S. M.

El Conde de San Luis.

Madrid 14 de Marzo de 1852.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. DIEGO CARVAJAL, de 36 años.....	D. Joaquin Arjona.
D.ª ELENA DE VILLENA, su esposa, de 20 años....	D.ª Maria Rodriguez.
LOLA, Marquesa de Montero, de 27 años	D.ª Teodora Lamadrid.
P. JOSÉ, de 70 años.....	D. Enrique Arjona.
CÁRLOS, negro de 22 años.	D. Manuel Ossorio.
EL DOCTOR, de 50 años..	D. N. N.
UNA DONCELLA.....	D.ª N. N.
UN CRIADO.....	D. N. N.
UN MARINERO.....	D. N. N.
LA ABADESA.....	Sra. Campos.
LA PORTERA.....	D.ª N. N.
Comunidad de religiosas.	

La época es en 1820, y el lugar donde pasa la accion la rada de Anton Lizardo, á cuatro leguas de Veracruz.

ACTO PRIMERO.

Sala de una quinta elegantemente amueblada: dos puertas á la derecha, que comunican á las habitaciones interiores: dos puertas en el centro, de las cuales la de la derecha se supone que baja al jardin, y la otra comunica con el exterior: á la izquierda, en primer término, ventana, balcon ó mirador, con vista al mar, y puerta en segundo.—Al correrse el telon se vé á Cárlos en la puerta de entrada, como si estuviese hablando con un criado, que no está á la vista del espectador: habrá dos mesas; encima de la una varios libros, y en la que está mas cerca de la ventana, un anteojo marino, etc.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.

¿No ha vuelto aun? pues lo siento:
preciso es que me resuelva
á esperar hasta que vuelva: (Entrando.)
en fin, tomemos asiento.
(Se sienta y observa los muebles.)
¡Qué lujo tan especial
tiene ese hombre en todo! Es justo,
todo respira aqui el gusto
de don Diego Carvajal.
Es raro por vida mia,
que jamás de él se despinte

ese sombreado tinte
de vaga melancolia;
tiene talento, valer,
tiene hacienda, posicion,
un hidalgo corazon,
y una mujer... ¡qué mujer!
Cuando la fortuna ingrata,
el poder hispano hundiendo,
le obligó á dejar, huyendo,
las orillas de la Plata;
emigrando á tierra extraña
nos trajo á todos acá,
que es en América ya
el postrer resto de España.
Hasta aqui todo se explica,
lo que hallo mas singular
es que hiciese edificar
esta posesion tan rica
junto al mar, en una rada,
tan lejos de Veracruz...
Por la Vírgen de la Luz
que es excéntrica humorada:
vamos á ver, ¿quién le quita
vivir como un potentado?
y prefiere estar aislado
aqui como un cenobita.
Aunque pensándolo bien,
con tan galana beldad
la mas triste soledad
se convierte en un eden.
¡Qué mucho que con tal perla
sea feliz un esposo,
si yo me siento dichoso
con soñar, callar y verla!
¡Dios mio, por qué razon
nos pintó la suerte avara
tan distinta nuestra cara,
siendo el mismo el corazon!
¡Ah! si á lo menos viviera
mi padre, cuál gozara hoy
al ver que tan jóven, soy
un capitan de carrera,

de un bergantin suyo, el Diego,
con seis cañones por banda,
que es relámpago si anda
y un castillo si hace fuego.
Bien que en la época presente,
(Levantándose.)
á no mandarlo asi armar,
¿quién se atreve á navegar
con tanto buque insurgente?
(Mirando á la ventana.)
Allí está: es una monada
verlo cuando la mar crece
lo coqueton que se mece
sobre la muerta oleada.
¡Por Cristo! ganas me dan
de topar á un insurgente
para probar á mi gente.

ESCENA II.

D. DIEGO y DICHO.

DIEGO. Buenos dias, capitan:
¿cuándo os poneis en franquia?
CARLOS. Completo ya el cargamento,
aprovecharé el buen viento
zarpando este mediodia.
DIEGO. ¿Vais contento?
CARLOS. No por Dios.
DIEGO. ¿Qué falta á vuestro reposo?
CARLOS. Nada: me voy pesaroso
porque os dejo triste á vos.
DIEGO. Desechad esa aprension:
es mi genio siempre asi.
CARLOS. Mas alegre os conocí.
DIEGO. Quizá no os falte razon;
mas hoy, ¿quién puede vivir
placentero en esta tierra,
si en todas partes la guerra
hace su estrago sentir?
las colonias españolas
son presa de males graves,

sin que ni una de sus naves
venga á surcar estas olas;
y del continente hispano
en la opulenta region,
solo nos queda el giron
de este reino mejicano.

CARLOS. Dejad que ruede la bola,
vos no la habeis de parar.

DIEGO. Es que no puedo olvidar
que tengo sangre española.

CARLOS. Verdad que es un sacrificio
dejar el nativo hogar:
mas vos no os debeis quejar;
fuera quejarse de vicio;
sois jóven, sois poderoso,
el cielo os dió una mujer
que cifra todo su ser
en el amor de su esposo.
Don Diego, no es tan siniestra
vuestra estrella combatida:
muchos darian su vida
por un dia de la vuestra.

DIEGO. ¡Quién sabe, Cárlos, quién sabe!

CARLOS. Pues no puedo adivinar...

DIEGO. Sois jóven para juzgar
lo que dentro un alma cabe.

CARLOS. ¿Pues si posicion mas alta
á conquistar aspirais,
no teneis cuanto anhelais?

DIEGO. Excepto lo que me falta.

CARLOS. ¿Qué os falta á vos?

DIEGO. Nada, Cárlos;
y pues tranquilo me veis,
males que no comprendeis
no querais adivinarlos.

CARLOS. Si os pudiese yo dejar
tan feliz como deseo...

DIEGO. Lo creo, Cárlos, lo creo:
(Estrechándole la mano.)
y bien, ¿os gusta la mar?

CARLOS. Mucho: os juro por mi nombre
que al perderme en su extension

encuentro mi profesion
la sola digna del hombre;
porque á lo menos allí
lucha solo el pensamiento
contra cielo y agua y viento,
que se vienen contra mí.
Y en tanto mi dignidad
lisonjeo satisfecho,
porque siento algo en mi pecho
mayor que la tempestad.
Y es el aliento divino
que en medio de la tormenta,
se levanta y acrecienta
en el alma del marino.

DIEGO. Por cierto que me gustaba
esa escena grandiosa
en época mas dichosa
en que tambien navegaba;
nunca he podido encontrar
sobre la tierra sombria,
la dulce melancolia
que hay en las noches del mar.

CARLOS. Cuando la luna bendita
sobre las aguas retrata
sus anchas cintas de plata
que el mar ondulando agita;
á sus tibios resplandores,
seria un eden la vida
con una mujer querida
para razonar de amores:
pero solo, sin consuelo,
un suspiro el alma arroja,
y no hallando quien le acoja
se vá mi suspiro al cielo.

DIEGO. Suspirar vos, ¿y por qué?

CARLOS. Porque vivo en soledad.

DIEGO. Vamos, decid la verdad:
¿teneis amor?

CARLOS. No lo sé.
Á vos debo la carrera
que de concluir acabo,
y el alma de un pobre esclavo

se levantó de su esfera.
Vuestra experiencia conoce
que llega cierta ocasion
en que nuestro corazon
pide su parte de goce.
De mi marina vivienda
en la inmensa soledad,
siento la necesidad
de un alma que me comprenda,
y la mirada afligida
hácia el amor se dirige,
sin hallar donde se fije
en mi raza envilecida;
en su mísera abyeccion
no hay quien pueda concebir
cierto modo de sentir
hijo de la educacion.
¿Y á qué mujer distinguida
amaré con entusiasmo
que no parezca un sarcasmo?

DIEGO. Oid, Cárlos: en la vida
hay tropiezos invencibles
para toda criatura;
y nuestra mayor tortura
es desear imposibles.
Hoy fermenta en vuestro pecho
un gérmen de amor fecundo;
capitulad con el mundo,
tomadlo como está hecho:
tras un bien vais desalado
que nunca habeis conocido;
y creedme, el bien perdido
es peor que el bien no hallado:
quizá algun dia encontreis
una angelical criatura,
á quien dar vuestra ternura:
del porvenir ¿qué sabeis?
para ser afortunado,
para vivir y gozar,
el que nada ha de olvidar
tiene mucho adelantado.

CARLOS. Pero en los mas verdes años...

de nuestra vida en la flor,
el que vive sin amor...

DIEGO. Se muere sin desengaños.

CARLOS. Sentencia desesperada
vuestro labio me predice.

DIEGO. La experiencia es quien lo dice;
yo, Cárlos, no digo nada.

ESCENA III.

DICHOS y ELENA.

ELENA. ¿Y qué dice la experiencia?

CARLOS. Que el mortal afortunado
que tiene una Elena al lado,
halla un cielo en la existencia.

ELENA. Diego, ¿lo crees tú asi?

DIEGO. ¿Quieres tú ¡donosa idea!
que en los ángeles no crea
cuando yo te tengo á tí?

ELENA. ¿Pues por qué estás triste?

DIEGO. Elena...

ELENA. Me tienes muy enfadada;
te fuiste sin decir nada,
y esto me dá mucha pena.
¿Estás disgustado, Diego?

DIEGO. No, querida, no; al contrario,
fué un olvido voluntario.

ELENA. Que no los tengas te ruego,
porque no quiero que el lazo
de nuestro amor tenga fin:
yo ni aun bajo al jardin
sin ir á darte un abrazo.

DIEGO. Eso consiste, querida,
en que eres mejor que yo.

ELENA. Perdona, Diego, eso no,
pero no soy distraida.

CARLOS. (¡Dios mio, cuánto le adora!)
Don Diego, si permitis .. (En actitud de irse.)

ELENA. ¿Carlitos, cuándo partis?

CARLOS. Dentro de un rato, señora.

ELENA. Llamadme Elena, pardiez,

no quiero tanto cumplido:
¿acaso vos no habeis sido
mi amigo de la niñez?
Si lo repetis me enfado,
con que tenedlo entendido.

CARLOS. Elena, yo no me olvido
que soy hijo de un criado.

ELENA. Perdonad, Cárlos, si os digo
que acá nadie os ha tratado
como al hijo de un criado,
sino como á nuestro amigo.

CARLOS. Lo sé, Elena, y sentiria
morir sin haceros ver
cuál lo sabe agradecer
y lo aprecia el alma mia.
Si algo teneis que mandar,
partiré en breves instantes.

ELENA. Nada, pero espero que antes
nos volvais á saludar.

ESCENA IV.

ELENA y DIEGO.

ELENA. ¿Has visto qué gallardia
y apenas le apunta el bozo?

DIEGO. Por cierto que vale el mozo
lo que su padre valia.

ELENA. Á no amarte con la vida
hoy por la primera vez
te hablara con esquivez.

DIEGO. ¿De qué te quejas, querida?

ELENA. Cumpleaños de nuestra union
es hoy, y lo has olvidado.

DIEGO. Calla, es verdad, he faltado.

ELENA. Diego, no tienes perdon.

DIEGO. Son los recuerdos mejores
que conserva el alma mia
los de tan hermoso dia...
voy á cogerte mis flores.

ELENA. No te incomodes por mí,
que ahora al jardin me bajo.

y te ahorraré el trabajo
cogiéndolas para tí.

ESCENA V.

DIEGO.

(Viéndola salir.)
Y siempre asi: ¿de qué rebelde hechura
está formado el corazon humano,
que no pueda pagar esa ternura,
capaz de embellecer una existencia,
con el amor inmenso
que merece esa santa criatura?
¿En dónde está la voluntad que quiere,
que no sabe curar la acerba llaga
de una llama voraz que no se apaga,
de un recuerdo de amor que nunca muere?
Bien se conoce en todo
que formó Dios el corazon de lodo.

ESCENA VI.

DIEGO y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. ¿Y bien, Diego?
DIEGO. (Tendiéndole la mano.) ¿Sois vos?
P. JOSÉ. ¿Ni en este dia,
en que de bienandanza mensajero
espléndido de luz, el sol envia
su rayo placentero,
ha de haber una tregua á la tristeza
que anubla vuestra frente?
Esta aurora de amor ¿nada os inspira?
DIEGO. Para el alma doliente que suspira,
es el dia y la noche indiferente.
P. JOSÉ. ¿Y siempre ha de durar?
DIEGO. Hace cuatro años
que apuré, padre, del dolor la copa
al dejar con mis solos desengaños
las encantadas playas de la Europa:
vos solo conoceis mi triste historia;

murió mi corazon desde aquel dia,
dejando en mi memoria
un velo de mortal melancolia.

P. José. ¿Conque ni el casto amor de vuestra Elena
ha bastado á amenguar en vuestro pecho
la funesta pasion que os encadena?

Diego. ¿Á menguarla decis? Bulle en mi mente,
arde en mi corazon, hierve en mi idea;
ella es quien surca en mi tostada frente,
y quiere Dios que mi martirio sea.

P. José. Callad, callad por Dios: si á los oidos
llegan de vuestra esposa esas palabras,
¡cuántos sueños de amor desvanecidos,
cuánta ilusion perdida
vendrian á amargar de esa criatura
la riente alborada de la vida!

Diego. Harto os lo dije, que era un sacrilegio
ir al altar á coronar de flores
la sien de un ángel que de amor viviendo,
necesita aspirar aura de amores.

P. José. Diego, no destruyais con vuestra pena
la mas hermosa accion de vuestra vida:
cuando su padre, el general Villena,
herido mortalmente,
fió á vuestro cuidado
el porvenir de su adorada Elena,
jurasteis ampararla, como honrado.
«Mi hija te ama, os dijo, eres mi amigo;
»si tu cariño y amistad le falta
»no le queda en la tierra mas abrigo.»

Diego. Por la misma razon que ella es un ángel,
en cuya frente la inocencia asoma,
no debí darle un corazon marchito
como una flor que evaporó su aroma.

P. José. ¿Y por qué no? El ánima esforzada
que, ahogando sus pesares,
colocó entre ella y la mujer amada
la zanja inmensa de las anchos mares,
¿habia de ser débil y encogida
al encontrar un ángel como Elena,
para caer vencida
ante un deber que la moral ordena?

DIEGO. Pero, sabeis que entonces como ahora
en mí llevaba una mortal herida,
que el alma me devora,
y durará lo que mi triste vida.

P. JOSÉ. Diego, esos sentimientos de ternura
que dan al alma ensanche
y que honda huella en nuestra vida imprimen,
el cielo no ha querido que los manche
ni los sepulte el lodazal del crímen:
conozco su influencia,
y sé que pasan cual boton de fuego,
que deja un hondo surco en la existencia:
mas sé tambien que en nuestros corazones
hay fuentes mil que no se secan nunca,
y al escuchar el llanto de los hijos,
brota un nuevo raudal si otro se trunca.
Y os lo dije: si cabe un lenitivo
que reanude del vivir los lazos,
solo le encontrareis sobre la tierra
cuando estrecheis un hijo en vuestros brazos,

DIEGO. Si: vos reanimásteis mi esperanza
(Con abatida distraccion.)
mostrándome en lejana perspectiva
una época de olvido y bienandanza
que no espero alcanzar.

P. JOSÉ. No de esa suerte
aumenteis el sombrio colorido
que en vuestro rostro sin cesar se advierte:
anime ese semblante decaido
la fé que infunde al alma combatida
el sentimiento del deber cumplido.
¿No teneis una esposa que os adora?

DIEGO. Padre, á no ser por vos, mas de mil veces
hubiera dado rienda á mi tormento
pidiéndola perdon de mi injusticia,
pues tengo de su amor remordimiento.

P. JOSÉ. ¿Qué hubieras conseguido?
¿Amargar la ilusion de esa alma bella,
matando sus placeres con decirle
que vuestro corazon no es para ella?
¿Y es este el pago que su amor merece?

DIEGO. Teneis razon, despues lo sentiria:

sabeis que yo la quiero, y si en el alma
no queda mas amor, no es culpa mia.

P. JOSÉ. Bien, Diego, bien; vuestra alma es generosa:
todo infeliz en vos halló consuelo,
y no permita el cielo
que seais solo injusto con la esposa.

ESCENA VII.

DICHOS, ELENA, que entra con una porcion de flores.

ELENA. No me caben en la mano,
vacío dejé el jardin.
(Al P. José.) Gracias que os vemos al fin;
¿por qué os fuisteis tan temprano?

P. JOSÉ. Hija, tuve que cumplir
una obligacion sagrada.

ELENA. Entonces no he dicho nada.

P. JOSÉ. ¿Qué, me queriais reñir?

ELENA. No por cierto: bueno fuera
que en tan placentero dia
á su ayo y á su guia
su discípula riñera.
(Dando las flores á Diego.)
Tómalas.

DIEGO. Gracias, querida.

ELENA. Son el don de mis amores,
menos bellas que las flores
de tu amor sobre mi vida.

DIEGO. ¡Angelical criatura!

ELENA. (Al P. José.) Vamos, decidme algo vos.

P. JOSÉ. Que la bendicion de Dios
haga eterna tu ventura.

ELENA. Siempre lucirá serena
mi existencia entre los dos,
porque siempre fuisteis vos
el ángel bueno de Elena.
Fuisteis de mi infancia el guia,
formasteis mi corazon
y os debo mi educacion.

P. JOSÉ. Y me envanezco, hija mia.

ELENA. Pobre discípula he sido.

P. JOSÉ. Sabes lo que has de saber:
la ciencia de la mujer
es amar á su marido.
¿Y Cárlos?
ELENA. Há poco vino;
cuando entrabais, él salia.
P. JOSÉ. ¿Cuándo parte?
ELENA. Al medio dia.
DIEGO. Será un bizarro marino,
que honrará al padre José.
P. JOSÉ. Es muy honrado y cumplido:
tan leal y agradecido
como su padre lo fué.
DIEGO. Si vieseis cuál se amedrenta
ante el ajeno pesar...
P. JOSÉ. No importa: su alma en la mar
se crece con la tormenta.
Vereis cuál sabrá cumplir
el lleno de su deber:
yo le he enseñado á creer
y el mar le enseña á sufrir.

ESCENA VII.

DICHOS y CÁRLOS.

CARLOS. (Desde la puerta.)
Señores, si dais permiso...
DIEGO. De vos se está hablando; entrad.
CARLOS. Dispuesto á hacerme á la vela,
me ocurre un estorbo.
DIEGO. ¿Cuál?
CARLOS. Que en el lejano horizonte
me parece divisar
un buque de grueso porte,
que á no mentir la señal
á una goleta española
dando viva caza vá.
DIEGO. ¿De veras?
CARLOS. Dadme el anteojo.
(Lo toma y se acercan todos á la ventana.)
(Mirando.) No me engaño, no,

(Dándolo á Diego.) mirad,
¿la veis?

DIEGO. Efectivamente.
Flotando en su tope está
el escudo de Castilla;
y parece navegar
con rumbo hácia Veracruz:
es de guerra.

CARLOS. Ahora observad
al que tiene á barlovento.

DIEGO. Es un buque colosal
con bandera colombiana.

CARLOS. ¡Que no lo trague la mar!
¿No os lo dije? Un insurgente.

DIEGO. Bien pronto la alcanzará,
porque le ha ganado el rumbo
y es buque de mas andar.

CARLOS. Vira y larga todo el trapo,
que asi te salvas quizás.

DIEGO. Pues no vira.

CARLOS. Es que sin duda
quiere el combate aceptar
con su cáscara de nuez.

P. JOSÉ. Bravo será el capitan.

DIEGO. Pone la enseña á media asta.

CARLOS. Pidiendo socorro está,
y no creo que la puedan
de Veracruz divisar.

DIEGO. Hola... (Soltando el antecojo.

CRIADO. (Saliendo.) Señor...

DIEGO. Al momento
que ensillen el alazan.
Hierve la sangre en mis venas
sin poderlo remediar,
al mirar asi humillado
nuestro orgullo nacional.
Cárlos, ¿os atreveriais
esa goleta á librar?

CARLOS. Que si yo me atreviera...
(Acercándose á la ventana y poniéndose las manos á los lados de los labios, grita.)
Ah del bergantin, zarpad;

marineria, á las bergas,
pronto el aparejo á izar.
(Se oye un pito que marca la maniobra.)
¡Listo!

DIEGO. Cárlos, en vos fio.

CARLOS. Vereis la que se armará;
¿pero y si pierdo mi buque?

DIEGO. Con tal que vos no os perdais,
haced de su casco astillas,
que buque no os faltará.

ELENA. Cárlos, tened mucho juicio;
por Dios que no os expongais.

CARLOS. Señora, nadie dá fondo
sino cuando lo ha de dar:
si está escrita allí mi hora,
lo que haya de ser, será.

DIEGO. Cárlos, yo parto al galope:
si algun buque de guerra hay
de Veracruz en el puerto,
que irá á ayudaros, contad.

ESCENA ÚLTIMA.

Salen juntos un CRIADO, que se dirige á D Diego, y un MARINO, que se dirige al Capitan.

CRIADO. El caballo está ensillado.

MARINO. El buque zarpando está.

DIEGO. (Alargando la mano á su esposa.)
Adios, Elena.

P. JOSÉ. (Abrazando al Capitan.) Adios, Cárlos.

DIEGO. (Á su criado.) Á Veracruz.

CARLOS. (Á su marino.) Á la mar.
(Saliendo ambos.)

P. JOSÉ. (Levantando los ojos al cielo.)
Proteja el cielo al marino

ELENA. Dios me lo devuelva en paz.
(Se asoma á la ventana para verlos salir, y saludándolos con el pañuelo cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ELENA á su doncella, CÁRLOS que entra despues de la primera redondilla.

ELENA. Bien, á su cuarto tornad
y estad con mucho cuidado;
no os separeis de su lado:
cuando despierte avisad.
CARLOS. (Entrando.) ¿Qué novedad os desvela
que estais tan madrugadora?
ELENA. Por cuidar á esa señora
me pasé la noche en vela:
era tan triste su estado
al desembarcar ayer...
CARLOS. Es verdad.
ELENA. ¡Pobre mujer,
cuánto debe haber pasado!
CARLOS. Por cierto no creí yo
salir tambien del percance,
porque fué apurado lance.
ELENA. Contadme lo que pasó.
CARLOS. Al zapar ayer mañana,
á las dos horas de viento,
tenia ya á sotavento
la fragata colombiana:
la goletilla española,
de balas acribillada,
se batia encarnizada

casi á tiro de pistola.
Un marino distinguia
que al tope se encaramaba,
y la bandera amarraba
y la zágula rompia.
Bien, dije, bien por España;
sin rendirse se vá á hundir.

ELENA. ¿Y eso, qué quiere decir?

CARLOS. Que no lo entendais me extraña;
equivale á contestar;
me bato hasta que me pierda,
porque cortando la cuerda
ya no hay medio de arriar.
Á tan honroso acicate
dejé yo flotar pareja,
del pico de mi cangreja
la bandera de combate,
y como salva de honor
á nuestro español escudo,
dieron juntas un saludo
las seis piezas de estribor.
Para la fragata fué
mi salva poco oportuna,
pues de las seis balas, una
á flor de agua la clavé.
No le hizo gracia la broma,
porque me probó tambien
que conocia muy bien
el juego de daca y toma.
Pues devolviendo cortés
sus saludos á Castilla,
me mandó una peladilla
que me derribó el bauprés.
Bramando yo de coraje
al ver lisiado mi Diego,
le puse la proa ciego
ordenando el abordaje:
del sol la serena luz
en lontananza alumbraba
buque español, que asomaba
del puerto de Veracruz.
La goletilla entre tanto,

hecha trizas la obra muerta,
con sus héroes á cubierta
se iba hundiendo y disparando.
Ala, dije á la fragata,
que ya nos viene refuerzo;
hacha en mano y un esfuerzo
y hundimos á ese pirata.
Debiólo de adivinar,
pues dijo: ¿sí? pues me escapo:
y largando todo el trapo
puso la proa á la mar:
seguir la caza queria,
porque alçanzarla contaba,
pero mi intento estorbaba
la fragata que se hundia:
á socorrerla acudí,
sus marinos trasbordé,
y á esa señora encontré
tambien, desmayada allí.
De un general de valor
ser la esposa me han contado,
que iba á Veracruz, nombrado
de nuevo gobernador;
y parece que en la accion
batallando decidido,
perdió la vida, partido
de una bala de cañon.
El nombre quise saber
del buque batallador:
fué la goleta «Candor,»
salida de Santander.

ELENA. Cárlos, cuánto os agradezco
tan bizarro proceder.

CARLOS. Por cumplir con su deber,
señora, no la merezco.

ELENA. Cuando Diego sepa el hecho
su gratitud será inmensa.

CARLOS. Yo tengo ya recompensa
en el placer de mi pecho.
Y esa dama, cómo está?

ELENA. Me alarmó anoche su estado,
mas su delirio ha cesado

y duerme tranquila ya.

ESCENA II.

DICHOS y la DONCELLA.

DONC. Señorita...
ELENA. ¿Quién me llama?
DONC. Esa dama despertó,
y por mas que ruegue yo
se obstina en dejar la cama.
ELENA. ¡Qué locura! La deten;
si tenerse no podrá.
CARLOS. Asi se distraerá;
señal que se siente bien:
dejad hacer á esa dama,
porque, Elena, en casos tales,
las afecciones morales
no se curan en la cama.
ELENA. ¿Creeis que sea mejor?
CARLOS. Yo al menos la dejaria.
ELENA. Voy á hacerla compañia. (Vánse.)
CARLOS. (Mirándola.) Cariñoso ángel de amor,
¿cuánta ternura y encanto
hay en tu casta sonrisa!
¡cuán inocente es tu risa,
cuán puro ha de ser tu llanto!
¡Feliz el mortal que alcanza
vivir en tu corazon,
que es bella hasta la ilusion
de amarte sin esperanza!

ESCENA III.

LOLA, que sale apoyada en el hombro de ELENA

ELENA. Bendiga el cielo la anhelada hora
que en la suerte contraria,
me permite mi estrella bienhechora
tenderos una mano hospitalaria.
LOLA. Gracias sin fin: ¿cómo os llamais?
ELENA. Elena.

LOLA. Tras el atroz naufragio,
vuestra mirada de ternura llena,
de la piedad de Dios es el presagio.

ELENA. Al menos hallareis un seno amigo,
que en vuestros sinsabores
y en vuestra adversa suerte os preste abrigo.

LOLA. ¡Estoy tan avezada á sus rigores!...

ELENA. Sus mercedes en mí, con tanto extremo
el cielo ha prodigado,
que siempre pido á Dios, cual bien supremo,
el poder consolar á un desgraciado:
ni un celaje ha turbado de mi vida
el bello azul sereno;
juzgad si debo pues agradecida
partir el cáliz del dolor ajeno.

LOLA. Por mi desgracia, Elena, vuestra mano
que tantos males calma,
su influjo bienhechor probára en vano
para curar la soledad del alma.

ELENA. ¿Y por qué, amiga mia? si el quebranto
hoy contra vos se afana,
vereis cómo es mas dulce vuestro llanto
vertiéndolo en el seno de una hermana.

LOLA. Alma de ángel teneis.

ELENA. ¿Creeis, señora,
que no me prodigárais
el bien escaso que os ofrezco ahora,
si en mi lugar y caso os encontrarais!

LOLA. Procurára imitar con eficacia
sentimientos tan bellos,
mas sé que hay sufrimientos, por desgracia,
que la mano mortal no llega á ellos:
cuando os hayan rasgado, amiga mia,
del mundo los abrojos,
comprendereis, Elena, que hay un dia
en que falta hasta el llanto á vuestros ojos.

ELENA. Ya lo comprendo, porque á un hombre adoro
con ciega idolatria,
(Con candoroso sentimiento.)
y si Dios me robára este tesoro,
yo creo que el dolor me mataria.

LOLA. Os engañais: apurariais muda

una existencia amarga
y sentiriais que esa pena aguda
mata despacio, y la agonia es larga.
Tambien á mí me sonrió la vida
con verjel de flores,
brindándome su copa sin medida
el ángel tutelar de mis amores,
y con el corazon embriagado
miraba en lontananza
el sendero mortal todo sembrado
de dulce y melancólica esperanza.

ELENA. ¿No erais feliz entonces?

LOLA. Mucho, Elena;
pero yo no sabia
que esa corriente límpida y serena
pudiese el mundo envenenarla un dia;
en una hora de olvido infortunada,
mi mala estrella quiso
que el corazon de la mujer formada
borrase de la niña el paraiso.

ELENA. Pero la que bien ama, nunca olvida.

LOLA. Harto mi mal lo llora:
hubo una fatal época en mi vida,
en que el buen ángel me dejó, señora;
ahogó un momento mi recuerdo santo
la vida bulliciosa;
y al advertir que me ahogaba el llanto...

ELENA. ¿Volveriais en vos?

LOLA. ¡Ay! ya era esposa.
Entonces comprendió el alma afligida
tras tanta pena junta
que hay dardos que se saltan de la herida
dejando dentro su acerada punta.
Con la mente febril oia atenta
de un hombre la pisada,
que iba á venir á demandarme cuenta
de una existencia entera marchitada.
Del corazon se alzó una voz extraña,
que gritaba potente,
es él, es él, y el corazon no engaña
cuando las horas de su mal presiente:
llegó por fin en pos de su ventura,

y en su dolor sombrio,
lanzó solo un acento de amargura
que rasgó como un garfio el pecho mio.
¡Ay! yo le oia hablar cual si me viera
del cielo despedida,
vibrando aquella voz tan placentera
todas las ilusiones de mi vida.
Á su acento de amor se renovaba
la antigua pasion viva,
y á detener en vano me esforzaba
el corazon que á mi pesar se iba.
Iba á partir, era el postrer momento
que en el mundo le hallaba,
y el labio, entre el sollozo y el lamento,
le dijo que sufria y que le amaba.

ELENA. ¿Qué hicisteis?

LOLA. Confesar lo que sentia
á costa del reposo,
pues cuanto el labio en su pasion decia
lo estaba oyendo el marqués, mi esposo.
Ciego, celoso y de furor sediento
salió y le retó á muerte,
queriendo ahogar un triste sentimiento
en la bárbara lucha del mas fuerte:
él batallaba porque ver creia
su nombre mancillado,
y el otro con su sangre defendia
á la mujer que le hizo desgraciado:
Dios protegió su brazo y mi inocencia,
y él respetó la vida
del hombre que atentaba á su existencia
dueño y señor de la mujer querida.
Montero, asi mi esposo se llamaba,
al ver tanta hidalguia,
comprendió en aquella alma que luchaba
una grandeza que él no conocia;
y respetando entonces los pesares
de un alma lacerada,
mudo le vió surcar los anchos mares,
para morir muy lejos de su amada.

ELENA. ¡Entonces hallariais el reposo
tras tanto sufrimiento!

¿Verdad? porque yo creo que al esposo
le debemos tambien el pensamiento;
yo, á lo menos, que nunca he conocido
mas cariño que el suyo,
con mi fé, con mi idea y mi latido,
la dicha que me dá le restituyo:
y en languidez de amor, tranquilamente
resbala el tiempo alado,
pensando en él cuando lo lloro ausente,
embebecida en él si está á mi lado;
y por tanta merced inmerecida
ante mi Dios me postro,
yendo despues á reanimar la vida
en la expresion de su moreno rostro.

LOLA. Guardad la santa fé de esa ternura,
Elena; al cielo plegue
que una nube sombria de amargura
nunca á enturbiar vuestro horizonte llegue;
pero si un dia esa mortal batalla
vuestra vida atropella,
vereis que el corazon tiene una valla
contra la cual la voluntad se estrella.
Elena, si en un dia desgraciado,
no culpable, ligera
hubierais vuestra dicha arruinado,
alzando entre los dos una barrera,
y al descender despues á la conciencia,
á examinar el hecho,
vieseis que habeis jugado la existencia
desterrando la paz de vuestro pecho,
¿qué hicierais vos?

ELENA. Hubiera sucumbido
velando mi tormento,
buscando en vano bienhechor olvido.

LOLA. Y volára tras él el pensamiento.
Y cuando luego á sostener desciende
el alma, suspirando,
la ruda lucha en que su honor defiende,
pero en que lo defiende agonizando;
cuando entre los objetos que nos cercan
en vez del placer de antes,
hay dos labios enfermos que se acercan,

cuyas almas se encuentran muy distantes;
cuando anhelando desahogar la queja,
del alma dolorida,
ansieis llorar, pero el deber no os deja,
¿comprendeis la tristeza de esta vida?

ELENA. Me haceis estremecer.

LOLA. Así he pasado
mi juventud, Elena;
y á costa del dolor, Dios me ha dejado
la frente, al menos, levantar serena.

ELENA. ¿Y no os amó el marqués?

LOLA. Vivió sombrio,
y en su dolor profúndo,
mostraba la existencia de un vacio
que no podia compensarle el mundo:
ávido de emociones, procuraba
echar de su memoria
el oculto pesar que le aquejaba,
y fijó sus miradas en la gloria;
era un soldado de alma generosa,
y á mí se acercó un dia,
diciéndome: doy gracias á mi esposa
de haber guardado intacta la honra mia:
del opulento reino Mejicano
en las lejanas olas
aun, de mil valientes en la mano,
tremolan las enseñas españolas:
no espero ya gozar dias serenos,
porque el vivir me hastia;
pero mi triste vida quiero al menos
darla en provecho de la patria mia:
quizás del campo en el bullicio inquieto
se alejará esta sombra:
Su Majestad, en un real decreto,
gobernador de Veracruz me nombra:
yo parto á aquel pais: tan solo os pido
con favor postrero,
que como el sufrimiento hemos partido,
dividamos la hacienda de Montero.
Intenté disuadirle de su idea,
pero todo fué en vano;
le empujaba sin duda á la pelea

de un fatalismo el misterioso arcano:
pues bien, le dije yo, ya que no pueda
torcer vuestro camino,
sacro un deber para llenar me queda,
que es dividir, marqués, vuestro destino:
nuestra triste existencia anudó un lazo
de infortunio y de pena:
hasta que llegue de la muerte el plazo,
quiero vivir con vos. «Enhorabuena.
»Hay un buque de guerra en la bahia
»pronto á surcar las olas:
»mañana, Lola, al despuntar el dia
»dejaremos las playas españolas »
Llegábamos con bien á estas regiones,
hasta que el insurgente
el paso nos cerró con sus cañones,
obligando al combate á nuestra gente.
Ya sabeis lo demas: allí ha caido,
luchando cara á cara,
y allí hubiéramos todos perecido,
si vuestro capitan no nos salvara.

ELENA. Quizás discurra mas tranquilo ahora
el tiempo que os espera,
y luzca al fin una serena aurora
tras vuestra nebulosa primavera.

LOLA. ¿Creeis que pueda ser?

ELENA. En nuestra vida,
del tiempo la mudanza
tras de las penas, al placer convida.

LOLA. Si, Elena, si, habladme de esperanza:
si alienta ese mortal á quien he amado
con ciega idolatria,
ayudadme á creer que no ha olvidado
seis años de infortunio y agonia:
al divisar la costa apetecida,
parecia que el viento
refrescaba mi frente envejecida
con brisas empapadas en su aliento.

ELENA. ¿Sabeis dónde se encuentra?

LOLA. Nada, Elena;
pero hallarle confio,
(Con fé y expansion.)

y si la muerte respetó su pena,
no lo dudeis... su corazon es mio.

ELENA. Sí, mas no os agiteis.

LOLA. No temais nada;
dejad buscar salida
á una triste pasion desventurada,
que ha vivido seis años comprimida.
(Se oyen cañonazos.)
¡Ah!... (Con sobresalto.)

ELENA. ¡Qué teneis!

LOLA. Decid, por qué ha sonado
este fuego horroroso?
(Acercándose á la ventana.)

ELENA. Es nuestro buque que en la rada anclado
hace salva á la vuelta de mi esposo.

LOLA. ¿No vais á recibirle, amiga mia?

ELENA. Si fueseis vos tan buena
que me lo permitieseis, bien iria.

LOLA. (Abrazándola.)
Id á gozar de vuestra dicha, Elena.

ELENA. Pero sola ¿qué hareis?

LOLA. Estoy temblando
y he menester reposo:
á mi cuarto me iré.

ELENA. Vuelvo volando
en cuanto abrace á mi querido esposo.
(Acompaña á Lola hasta la puerta de su cuarto.)

ESCENA IV.

ELENA, tomando la capota.

¡Cuál late el corazon
alborozado en el pecho,
por tanta felicidad
como me depara el cielo!
Me parece oir rumor;
sin duda está cerca Diego.
(Acercándose á la ventana.)
Dios mio, ya está en el patio.
¿Has venido bien?... Me alegro.
Cárlos le cuenta el combate.

Dí que te lo cuente presto;
que quiero darte un abrazo...
¿Bajo?... Pues sube al momento...
Tanto, que parece que hay
un siglo que no te veo.

ESCENA V.

ELENA y DIEGO, que entra con el brazo sobre el hombro de CÁRLOS.

DIEGO. Muy bien, Cárlos, muy bien, vuestra bravura
estrecha mas los lazos
de amistosa ternura,
con que al hijo de Juan he distinguido:
¿qué quereis hoy de mí?
CARLOS. ¿Yo? vuestros brazos,
si creeis que los haya merecido.
DIEGO. Tomadlos, pues pagáisme con usura
el bien escaso que os brindó mi mano.
(Volviéndose á Elena.)
¿Cómo estás tú, querida?
ELENA. Feliz cual pueda serlo una criatura.
DIEGO. Dios te hizo, Elena, un ángel de ternura
para endulzar los males de la vida.
ELENA. Tenemos una huéspeda. ¡Si vieras
cuán bella y desgraciada!
DIEGO. No puede serlo junto á tí.
ELENA. ¡De veras?
DIEGO. No soy quien lo digo, amiga mia,
que es la comarca entera,
que su consuelo en tus bondades fia.
ELENA. Yo lo aprendí de tí.
DIEGO. (Con mucho cariño.) Anda, y procura
que el rico manantial de tus cuidados
haga menos cruel su desventura.

ESCENA VI.

DIEGO y CÁRLOS, que se ha quedado lánguidamente extático escuchando á Elena.

DIEGO. (Echándole el brazo en el hombro.)
Cárlos, ¿en qué pensais?
CARLOS. (Volviendo en sí.) En nada.
DIEGO. ¿En nada?
Vamos, abridme el corazon entero,
que en tan bella jornada
nubes en torno de pesar no quiero.
¿Teneis algun oculto sufrimiento?
CARLOS. Es una idea vaga
que absorbiendo constante el pensamiento,
no sé si me atormenta ó si me halaga.
DIEGO. Se me antoja que estais enamorado...
CARLOS. Mucho lo sentiria,
porque ya veis, señor, cuánto perdiera
un sentimiento tierno y delicado
bajo la tinta de la cara mia.
DIEGO. Teneis razon, pues todos comunmente
cuando abrimos el alma á los amores,
con nuestro corazon solo contamos,
sin fijar nuestra mente
en que el delirio aquel que nos aqueja
de un hermoso semblante le heredamos.
CARLOS. ¿Por qué Dios no nos deja
que cuando, al menos, por amor penamos
demos siquiera curso á nuestra queja?
DIEGO. ¡Ay, pobre Cárlos, qué espinosa senda
empezais á seguir! No es poca dicha
si podeis encontrar quien os comprenda;
cruzais la edad de goce
en que se entrega el corazon sin dolo:
cuando el primer harpon os lo destroce,
consuéleos el pensar que no estais solo.
¿Veis esa humanidad que se rebulle?
Pues figuraos ver un cementerio
en que, como la huesa al muerto engulle,
cada cual va escondiendo su misterio:

y de su pena y de su afan cargado,
va siguiendo adelante,
llevando su misterio sepultado
en su nicho ambulante.
Un misterio de lágrimas que aterra,
que solo Dios á distinguirlo alcanza,
y en urna santa de recuerdos cierra
la marchitada flor de la esperanza.
Si pudiese leerse en lo mas hondo,
donde la hiel su líquido acibara,
en cada corazon vierais un fondo
mas negro que el color de vuestra cara.

CARLOS. Entonces es mentida
la esperanza feliz que nos diseña
como un verjel de flores nuestra vida.

DIEGO. Si asi lo es, gozád de ese paisaje
contemplando las hojas purpurinas;
mas no metais la mano en el ramaje,
porque os van á hacer sangre las espinas.

CARLOS. ¿Qué saca, pues del mundo aquel que no ama?

DIEGO. Muchas veces me he hecho esa pregunta.

CARLOS. Se me antoja, don Diego, que esta llama
es cuanto tiene de placer la vida;
pues cuanta gloria nuestro esfuerzo junta,
es para darla á la mujer querida.

DIEGO. Desear y esperar, esa es la herencia
que nuestras madres al nacer nos legan,
y nutrir de ilusiones la existencia,
que nunca acaso á realizarse llegan.
Aquel que un puro amor siente y concibe
dentro su corazon, tiene un aroma
que solo el que lo tiene lo percibe,
que el ser dilata, que el dolor amengua;
y al quererle dar forma la palabra,
no sabe traducirlo nuestra lengua:
no lo fijeis en nadie, os lo aconsejo,
porque castiga Dios con mano dura
al que gasta el aroma de su vida
en el profano amor de una criatura.

CARLOS. ¿Y vos me aconsejais de esa manera?
¿vos, que cruzais el mundo venturoso
en florida y perpétua primavera?

DIEGO. Por la misma razon que soy dichoso,
os puedo hablar mejor de la materia
y desmentir aquel refran que dice,
cómo habla cada uno de la feria:
escuchad: si el objeto á quien dais culto
en lugar del amor, el oro fuera,
¿pondriais vuestros fondos en las manos
de un comerciante que quebrar pudiera?
¿Verdad que no lo hariais? Pues entonces,
¿por qué vais imprudente
á arriesgar la ilusion de vuestra vida,
dejándola pendiente
del corazon de la mujer querida?
Vos me dareis sin duda
una sola respuesta que os abona,
que cuando uno ama, la razon es muda,
y con el corazon no se razona:
tambien eso es verdad; mas si aun es tiempo,
guardad intacta esa ilusion hermosa
que surge á embellecer vuestra existencia:
guardad esa esperanza venturosa
que en vos se ha despertado,
adorando en la idea, en la creencia,
pero no en la mujer que os lo ha inspirado;
porque ese vago anhelo, esa esperanza,
que sin duda crear el cielo quiso
para alentar nuestra mortal miseria,
es una bella flor del paraiso,
que muere al acercarse á la materia:
¿pensais que es poca dicha la que os presta
ese bello ideal en la memoria,
y tener siempre el alma predispuesta
á los bellos arranques de la gloria?
Dad á vuestra ilusion el parecido,
el tierno sentimiento
y la lánguida faz de vuestra amada:
mas no le deis su vida ni su aliento,
si quereis conservarla inmaculada:
porque al vivir en vos, vive robusta
sin ser mas que una hebra:
si una mujer la guarda entre sus manos
un dia ú otro sin pensar la quiebra.

CARLOS. Pero asi no se alcanza
un dia de placer en nuestra vida.

DIEGO. (Con intencion.)
Mas vale que murais con esperanza
que el que vivais y la lloreis perdida,
idos, si no, decid á una criatura,
yo cuajo el ser y el pensamiento mio
y absorto de mi vida la ternura,
y todo junto á tu pasion lo fio:
desde este instante habreis enajenado
la dicha y el placer de vuestra vida,
porque amanece un dia desgraciado
en que ama el hombre y la mujer olvida.

CARLOS. Pero entonces, don Diego,
á mi vez á la ingrata olvidaria.

DIEGO. ¿Creeis que el hombre que ha quedado ciego
llegue á olvidar jamás la luz del dia?
No olvida, Cárlos; la recuerda triste,
y en funesta oscuridad sumido,
mirando atrás, el alma se resiste
á renunciar un bien que se ha perdido,
y á medida que avance nuestra planta
(En este momento aparece en la puerta el P. José.)
cabe el fin de la fúnebre existencia
sentireis que implacable se levanta
la cruel necesidad de su presencia:
constante en la memoria,
os seguirá este amor hasta la muerte
como un sueño de perdida gloria,
como sigue la sombra al cuerpo inerte,
y en el alma dormido,
al mas ligero son que le despierte,
se levanta encarnado en el latido;
y arrastrando la vida á tropezones
y consumido por la ardiente llama
en la melancolia,
preguntareis al cielo cada dia:
¿dónde está el desenlace de este drama?

ESCENA VII.

DICHOS y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. (Tomándole la mano.)
En otra parte, en donde la ventura,
cifrada en otro objeto, no depende
de la fragilidad de una criatura.
DIEGO. Bendito, padre, vuestro suave acento,
que sostiene la planta vacilante
de un cansado mortal, falto de aliento.
(Se abisma en un sillon, apoyando la cabeza en la mano.)
CARLOS. (Ap.) ¿Qué es lo que escucho? ¿qué mudanza es esa?
¿En esta santa y plácida morada
tambien el infortunio deja impresa
la salvaje señal de su pisada?
¡Ay! pobre ilusion mia:
vive en mi corazon inmaculada,
y embriagado en tu mística dulzura
yo te guardaré pura
en el seno del alma sepultada.
P. JOSÉ. Cárlos.
CARLOS. ¿Qué me quereis?
P. JOSÉ. Elena os llama
para que deis el brazo
por los jardines á esa hermosa dama.

ESCENA VIII.

DIEGO y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. (Acercándose cariñosamente á Diego.)
Dominad ese trastorno
que agita vuestras pasiones,
y escuchad las bendiciones
que se alzan de vos en torno.
¿No veis que vuestro dolor
puede llenar de amargura
el alma de esa criatura
que vive de vuestro amor?

DIEGO. Teneis razon, padre mio:
cuando en recuerdos me pierdo,
encuentro algo en el recuerdo
que domina mi albedrio.
P. JOSÉ. Olvidad lo que pasó:
¿no veis que es ya una quimera?
DIEGO. ¡Olvidad! ¿qué mas quisiera
que poder olvidar yo?
P. JOSÉ. ¿No veis vos que de esa suerte
enconais mas vuestra herida?
DIEGO. Esa mujer fué mi vida
y será tambien mi muerte.
P. JOSÉ. Diego, me enfado de veras
si dais en esos extremos.
DIEGO. Teneis, razon padre: hablemos
de cosas mas lisonjeras.
Decidme: ¿habeis ido á ver
á los náufragos?
P. JOSÉ. He ido,
y á todos he socorrido,
cual me mandasteis hacer:
todos vierten sobre vos
un colmo de bendiciones:
creed, Diego, que esos dones
son los mas gratos á Dios;
hay una noble señora
que en el combate horroroso
vió sucumbir á su esposo:
con ella está Elena ahora.
DIEGO. Me lo ha contado al llegar.
¿Es española?
P. JOSÉ. Si tal,
y esposa de un general
que venia aquí á mandar:
se queda en el mundo sola.
DIEGO. Uno mas en la familia.
P. JOSÉ. ¡Qué pronto el bien se concilia!
DIEGO. ¿Y cómo se llama?
P. JOSÉ. Lola.
DIEGO. (Extremecido.) ¿Qué decis?
P. JOSÉ. ¡Qué agitacion!
Se llama Lola os repito.

DIEGO. Ahora que te necesito.
no me ahogues, corazon.
P. JOSÉ. ¿Será posible quizá
que fuese...
DIEGO. ¡Ah... si el destino
la trajese á mi camino...
Pronto, padre, ¿dónde está?

ESCENA XI.

Entran por la puerta del jardin LOLA, lánguidamente apoyada en el brazo de CÁRLOS, y á su lado ELENA.

P. JOSÉ. La teneis á vuestra vista.
DIEGO. (Lanzándose á ella con toda la efusion de su alma.)
¡Lola, Lola!
LOLA. (Al verle y al oir su voz lanza un grito agudo y cae sin sentido en los brazos de Cárlos.)
¡Ay!
ELENA. (Azorada, yendo á arrojarse en los brazos del P. José.)
¡Vírgen pura!
era un sueño mi ventura.
CARLOS. (Estupefacto.) ¿Qué se esto?
P. JOSÉ. (Recibiendo á Elena en sus brazos y levantando los ojos al cielo.)
¡Dios nos asista!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Al levantarse el telon aparece Elena sentada en el sillon de la derecha melancólica y pensativa; Cárlos entrará respetuosamente hasta encontrarse cerca de ella.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS y ELENA.

CARLOS. Estais pálida, abatida;
decid, ¿qué teneis, Elena?
ELENA. Cárlos, no sabeis la pena
que es querer sin ser querida.
CARLOS. (Melancólico.) En efecto, ha de ser grave.
ELENA. Cárlos, estos sufrimientos
encierran hondos tormentos
que el hombre de mar no sabe:
no ameis nunca, os lo aconsejo,
por las espinas que piso.
CARLOS. Si amor me pide permiso,
aprovecharé el consejo.
ELENA. ¿Quién dijera, Dios eterno,
que el breve plazo de un dia
á arrojarme bastaria
del paraiso al infierno!
CARLOS. Lo diria el que indeciso
(Con violencia y concentracion.)
ahogando su amor interno

se quedara en el infierno
sin ver nunca el paraiso:
y lo diria cualquiera
que en el sufrimiento agudo
devorara el dolor mudo
como un mártir en la hoguera.

ELENA. Cárlos, esa voz no cabe (Con viveza.)
sino en un hombre que ha amado.

CARLOS. (Procurando reponerse.)
No, Elena; ese es un tinglado
que el hombre de mar no sabe.

ELENA. Sufro mucho; dadme ayuda.

CARLOS. (Enternecido.) Elena, estais en error.
Don Diego es mi bienhechor
y os ama, no tengais duda.

ELENA. No, Cárlos; la dicha mia
ha muerto con su pasion.

CARLOS. Señora, en su corazon
no cabe una villania:
mas si del dolor al peso
resistir no os fuese dado,
en mí tendreis... un criado;
no sirvo mas que para eso.

ELENA. (Ap.) ¡Pobre Cárlos, cuán sincera
su manera es de sentir.

CARLOS. Elena, voy á partir,
porque ya la mar me espera:
mañana larga distancia
nos separará á los dos:
¿querreis acordaros vos
del amigo de la infancia?
Cuanto en mi corazon cabe
en tres objetos se encierra;
mis afectos en la tierra
sois vos, don Diego y mi nave:
mi suerte será siniestra
si sé que sois desgraciada;
mas si sois afortunada
mi dicha será la vuestra.

ELENA. Ah, Cárlos, mis sufrimientos
hallan en vos un sosten.
El cielo os devuelva el bien

que me hacen vuestros acentos.

CARLOS. Adios, señorita.

ELENA. Adios,
criatura generosa.

CARLOS. Dios protegerá á la esposa.

ELENA. Solo puede hacerlo Dios.
(Cárlos se vá por la puerta del fondo y Elena por la primera de la derecha.)

ESCENA II.

D. DIEGO sube pensativo del jardin y se para frente de la puerta de Lola, que es la segunda de la derecha.

¡Ella es libre! cuando Elena
está de los dos en medio:
¡libre! cuando no hay remedio
de romper esta cadena.
Libre y no me queda ahora
ni donde exhalar mi queja...
yo creo que Dios me deja
de su mano bienhechora.
No puedo vivir asi;
es demasiado penar
tenerse que dominar
cuando un infierno hay aqui.
Termine este afan tan fiero:
suceda lo que suceda,
huyamos adonde pueda
decir siquiera, me muero.
(Se sienta á escribir.)
(Escribiendo.) No puedo hacerte feliz,
Elena mia...
(Se para, tira la pluma, y rasga el papel.)
Eso fuera
tener corazon de fiera:
harto sufre la infeliz.
¿Y en dónde encontrar abrigo
en tan agudo tormento,
que amor y remordimiento
no vayan juntos conmigo?
Imposible; no hay valor

para huir indiferente,
de un ángel, que solamente
se sostiene de mi amor.
Ella viene; me precisa
dominar mi agitacion:
mientras muere el corazon
busquemos una sonrisa.

ESCENA III.

DIEGO y ELENA, que sale de su habitacion llorosa.

DIEGO. ¿Por qué lloras tú, mi bella?
ELENA. Porque en tu faz se retrata
una pena que te mata,
y yo soy la causa de ella.
DIEGO. (¡Pobre criatura!) ¿Qué pena
me puedes tú acarrear
si para sufrir y amar
eres un ángel, Elena?
ELENA. Diego, la mujer que siente
una pasion concentrada,
cuando fija la mirada
vé el corazon trasparente.
DIEGO. ¿Qué ves?
ELENA. Una cicatriz
que vuelve á abrirse.
DIEGO. (¡Qué escucho!)
ELENA. Y veo que sufres mucho
y que yo te hago infeliz.
DIEGO. (Turbado y disimulando.)
No tal: ¿qué quieres que yo haga
para disipar tu error?
ELENA. Qué me devuelvas tu amor,
único bien que me halaga:
(Con candor y pasion.)
tengo tu fé en los altares:
si comprendes lo que te amo,
por compasion te reclamo
la mitad de tus pesares:
cuando tengas de alegrias
dulces horas placenteras,

pártelas con quien tú quieras,
mas tus lágrimas son mias.

DIEGO. (¡Dios mio!) Quizá obré mal
cuando te hice mi esposa
en no decirte una cosa
que es mi tormento mortal.
En mi juventud, querida
en España viví yo,
y esta mujer absorbió
toda la flor de mi vida:
la amé con tal frenesí
que la adoraba de hinojos;
no viertan llanto tus ojos,
no te conocia á tí;
este mundo ruin, de lodo,
debió ser para los dos
un paraiso, mas Dios
lo dispuso de otro modo.
Una ausencia dilatada
tres años me tuvo aqui,
y cuando á Europa volví
ella ya estaba casada:
Entonces comprendí lo que era
esta palabra *jamás*,
y para no verla mas
puse la mar por barrera.
Mas como no está el destino
sácio aun de mi congoja,
hoy el infierno la arroja
en mitad de mi camino.

ELENA. No es ella por quien me asalta
este llanto en que me anego:
lo que á mí me mata es, Diego,
tu corazon, que me falta.

DIEGO. En el sentir y el amar,
y eso, Elena, no te asombre,
hay un misterio que el hombre
nunca acertará á explicar.
Dentro de su corazon
siente cada uno en sí mismo
la fuerza de un fatalismo
que lucha con la razon.

es como una enfermedad
que nuestro cuerpo atropella,
que para librarnos de ella
nos basta la voluntad:
para recobrar la calma
pediré á tu amor ayuda,
y él disipará sin duda
esta enfermedad del alma.
Respeta, pues, mis pesares
con la fé en el corazon,
y á ella... ténla compasion,
tambien ha llorado á mares...

ELENA. Yo ceso de padecer
si oigo tu voz cariñosa.

DIEGO. Bien. Hablemos de otra cosa;
¿cómo sigue esa mujer?

ELENA. La dejé ya levantada.

ESCENA VI.

DICHOS y el DOCTOR.

ELENA. Pero aqui sale el Doctor,
que nos lo dirá mejor.
¿Cómo está?

DOCTOR. Muy mejorada;
pero ha menester reposo,
pues su estado es delicado,
y se halla muy excitado
todo el sistema nervioso.

ELENA. Pero ese acceso de fiebre
que le dá en horas constantes...

DOCTOR. Á merced de los calmantes
procuraremos que quiebre.
Ese delirio, esos sustos
que extravian su razon,
restos todavia son
de los pasados disgustos;
cuando cese el frenesí
de ese diurno accidente,
será quizás conducente
el alejarla de aqui.

Mas durante la accesion,
cuidad con mucha blandura
que ni una palabra dura
hiera su imaginacion:
por Dios, nada de rigor,
mientras exceso no sea;
no contrarieis su idea.

ELENA. ¿Y si dá en llorar?

DOCTOR. Mejor.
Para curar su dolencia
es necesario.

DIEGO. ¿Qué escucho?

DOCTOR. (Bajo á D. Diego.)
(Don Diego, conviene mucho
que evite vuestra presencia.)
Si pudierais alejarla,
fuera lo mas acertado;
no le conviene en su estado
nada que puede excitarla.

ELENA. Si, pero yo no podré
permitir que tal cual se halla...

DOCTOR. Descuidad, de esa batalla
cuidará el padre José,
que él sabe mejor que yo
cómo se ha de gobernar;
con que asi, dejadle obrar.

DIEGO. (Ap.) Voy á perderla... eso no.

DOCTOR. Con vuestro permiso, pues,
veré á los demas ahora.

ELENA. Cuidadles mucho.

DOCTOR. Señora,
asi lo haré: á vuestros piés. (Váse.)

ESCENA IV.

DIEGO y ELENA. Elena, acercándose á Diego, que ha quedado profundamente abismado en el sillon.

ELENA. Diego, te abruma un pesar
y has menester un amigo;
¿por qué no lloras conmigo?

DIEGO. (Friamente.) Porque... no puedo llorar.

ELENA. (Ap.) Dios mio! ¿qué he hecho yo
para castigarme asi?

ESCENA V.

DICHOS y el P. JOSÉ, que sale apresuradamente del cuarto de Lola.

P. JOSÉ. Pronto, pronto idos de aqui.
DIEGO. ¿Qué ocurre?
P. JOSÉ. El delirio entró
con tal fuerza, que aunque lucho
para dominar su estado,
temo no me sea dado
poderlo alcanzar.
DIEGO. ¡Qué escucho!
P. JOSÉ. Abrasada su frente arde
por la voraz calentura;
me horroriza su locura.
ELENA. (Azorada.) Vámonos, Diego.
P. JOSÉ. Ya es tarde.

ESCENA VI.

DICHOS y LOLA, que en estado completo de enajenacion se precipita á Diego, como si estuviese perseguida por una vision.

LOLA. Ampárame por Dios. ¡Ay! te buscaba,
no te separes de la vista mia,
pues se me figuraba
que la sombra del muerto me seguia.
(Fijando los ojos en la direccion por donde ha venido.)
Mírale, hácia aqui su planta mueve;
(Con desesperacion.)
dí que ser tuya solamente puedo:
le ves... á aproximarse no se atreve...
se vá... te tiene miedo.
(Pasando sus manos por la frente.)
(Con fatiga.) ¡Qué congojosas son esas visiones!
no sé por qué van á turbar los lazos

de dos enamorados corazones...
¡Diego, qué inmensa dicha hay en tus brazos!
(Mirándole atentamente con cariño.)
¿Qué tienes? tu semblante está sombrio...
destierra esa tristeza, que me dañas;
no sabes, Diego mio,
que tú eres el amor de mis entrañas?
(Bajo.) No te separes nunca de tu Lola.
Esa turba de espíritus que vuelan
cuando me encuentran sola,
me cuentan unas cosas que me hielan.
(Con tierna melancolia.)
Des que dejó mi cama abandonada
de mi padre la sombra bienhechora,
siempre esconden debajo la almohada
alguna pesadilla aterradora.
Al ver que lloro de congoja llena,
estremecen mi cuerpo y mis sentidos,
tirando un cañonazo que resuena
como un eco de muerte en mis oidos.
(Con vaguedad.)
Y se van al jardin, tronchan las flores
que habia yo dejado preparadas
para corona virginal de amores,
y dejan... rosas blancas marchitadas...
(Con amargura.)
La rosa blanca es una flor tan triste,
hay en su palidez tanta amargura,
que la mano á tocarla se resiste;
me parece una flor de sepultura,
y luego fingen una voz doliente
que viene á fatigarme la memoria,
(Procurando recordar.)
escribiendo en mi frente
de... yo no sé qué náufrago la historia.
(Como recordando de repente.)
Ya me acuerdo: de un alma enamorada
que antes de hundirse en las amargas olas,
volvia cariñosa la mirada
á las risueñas playas españolas.
(Parando la atencion.)
¿Oyes, Diego esa voz tan candorosa?

es la esperanza que en acento suave
promete convertirme en mariposa
para seguir el rumbo de una nave.
De todas las visiones, solo esa
no viene á henchirme de terror el pecho.
(Con cariñosa candidez.)
¿Crees tú que me cumpla su promesa?
¿verdad que si me engaña está mal hecho?
porque á veces me empuja un torbellino
(En creciente desórden.)
y me hace andar, sin ver que estoy cansada,
y si pido reposo en el camino
me dice que hasta fin de la jornada:
y cruzamos un valle pedregoso
y arenales tostados por el fuego,
y al fin me dice que hallaré reposo,
(Con fatiga.)
y camino... y camino... y nunca llego.
Crucé una inmensa tierra, en que las flores
en lugar de rocio tienen llanto:
¡cuántos son del mundo los dolores!
nunca creí que se llorara tanto.
(Diego seca una lágrima que se le cae.)
¿Me vas á hacer llorar tambien ahora?
¿qué oculto afan tu corazon esconde?
(Repara en Elena y coge la mano de Diego.)
Ves Diego, allí hay otra mujer que llora;
¿quién es? la he visto y no recuerdo dónde.
(Llamándola.)
Venid: (Á Diego.) llámala tú, vacila... vamos,
se figura quizás que tengo celos;
(Con melancólica sonrisa.)
no sabe que nosotros nos amamos
con el amor tranquilo de los cielos.
(Mirando á Elena.)
¡Qué semblante tan lánguido y tan tierno!
parece un ángel que al Señor invoca.
(Acercándose á Elena.)
Venid; (Al acercarse Elena vá retrocediendo Lola despavorida, frotándose su frente con desesperacion.)
es... es...
(Dando un grito agudo.) ¡Elena, Dios eterno,

(Con desesperacion)
¡no quiero la razon! vol... ved... me loca.
(Cae sin sentido en brazos del P. José, que la sienta en el sillon contiguo á la mesa de la derecha.)

P. JOSÉ. (Cogiendo á Diego y á Elena.)
Idos por Dios, idos presto;
antes que vuelva ella en sí;
fiad su reposo en mí:
la religion hará el resto.

ESCENA VII.

El P. JOSÉ y LOLA.

P. JOSÉ Dios mio, haz que en mí se note
de tu apóstol la eficacia,
y no retires tu gracia
del labio del sacerdote.
(Toma la Biblia, que deja abierta en la mesa al lado de Lola: coge un pomo de esencia, y al dar señal de volver en sí, se retira tres pasos detrás del sillon. Lola abatida pasa la mano por la frente, sin ver á nadie á su alrededor.)

LOLA. Lazada de amor estrecha,
bella esperanza soñada,
como una arista tronchada,
como una nube deshecha,
¿por qué en la tierra desierta
me dejas llorar cautiva?
¿quién sostendrá el alma viva,
si está la esperanza muerta?
(Al ir á dejar caer la cabeza sobre la mesa repara en el libro abierto, y cogiéndole maquinalmente, lee.)
«En sus quebrantos acuda
»el alma justa al Señor;
»él infundirá valor,
»su aliento le dará ayuda.
»El saberbio, satisfecho
»con la soberbia en que vive,
»recuerda el mal que recibe
»y olvida el mal que él ha hecho.»

(Suelta el libro conmovida y levantando los ojos al cielo.)
Dios mio, justo es tu azote,
el castigo merecí.
¡Quién pondria el libro aqui?

P. JOSÉ. (Avanzando.) Este humilde sacerdote.

LOLA. Grandes verdades revela.

P. JOSÉ. Por cualquier parte que se abra
se encuentra en cada palabra
algo grande que consuela.

LOLA. ¡Consuelo! no le hay aqui
sin esperanza en mañana.

P. JOSÉ. Señora, un alma cristiana
nunca debe hablar asi:
si de Dios en la balanza
vuestra alma no está en el fiel,
levantad los ojos á él,
y no os faltará esperanza.
Veamos: cuando abrumada
os encontrais de sufrir,
¿en qué pensais?

LOLA. En morir.

P. JOSÉ. ¿Y que veis en torno?

LOLA. Nada.

P. JOSÉ. Vuestro lenguaje me enseña
que Diego os conoce mal,
os cree un alma colosal
y en la lucha sois pequeña.

LOLA. (Herida.) Padre, si con un compás
se midieran los tormentos,
conocierais sufrimientos
que no comprendeis quizás.

P. JOSÉ. Hija, no teneis razon:
no quiera el egoismo aleve
qué de mis canas la nieve
baje nunca al corazon;
setenta años de existencia
consolando á mis hermanos,
en los tormentos humanos
me han dado alguna experiencia:
y cuando Dios me depara
una herida cual la vuestra

pongo otra herida por muestra,
y digo: mira y compara.

LOLA. Si mi herida comprendeis,
decidme, ¿hay quién lo resista?

P. JOSÉ. Si: teneis otra á la vista,
y no obstante no la veis.
Un virtuoso corazon
dentro de esta casa mora,
que no ha sentido, señora,
mas que una sola pasion:
jamás á Dios ha pedido
bienes de fortuna, ni oro;
no ha anhelado mas tesoro
que el amor de su marido;
é impelida siempre al bien
por un pecho puro y santo,
nunca ha visto correr llanto
sin que llorara tambien.
Sucedió que una mañana
acogió á una mujer bella,
que encontró en los brazos de ella
todo el amor de una hermana:
y al fijar la vista en vos
sin cuidar su bienestar,
exclamó: la he de amparar,
lo manda la ley de Dios.
Pues bien, des que aquella dama
pisó esta casa, señora,
la infeliz esposa llora,
porque su esposo no la ama;
y si hoy él solo es adusto
é indiferente á su amor,
es que le falta valor
para ser del todo injusto.
Otra cualquiera criatura
menos angelical que ella,
maldeciria su estrella
y á quien causa su ternura;
pero la infeliz solloza,
y el propio dolor venciendo,
se vuelve á su Dios, lamiendo
la mano que la destroza:

porque hay allí un corazon
creyente que espera y ruega,
y lo que el mundo le niega
lo busca en la religion.

LOLA. (Anonadada.)
Rúégoos que de cualquier modo
pronto de aqui me saqueis.

P. JOSÉ. ¿Y lo que os diga, lo hareis?

LOLA. Menos olvidarle, todo.

P. JOSÉ. ¿Y por qué olvidarle no?

LOLA. Porque lo ofreciera en vano;
ved que eso no está en mi mano,
mi amor puede mas que yo.

P. JOSÉ. Lola, para remediar
el mal, os debeis volver
á Europa.

LOLA. (Desfallecida.) No puede ser,
me moriria en el mar.
(Con expresion.)
Tengo el alma desgarrada,
mi amargo llanto no veis?
(Llora.) ¡por piedad, no me obligueis
á morir desesperada!

P. JOSÉ. Desventurada criatura,
¿cuál es, pues, vuestra intencion?

LOLA. (Con ansiedad.) Buscar cualquiera rincon
donde encuentre sepultura:
llevadme pronto, en seguida,
á un claustro, padre, á un desierto
donde sepais que hallen puerto
las borrascas de la vida.

P. JOSÉ. (Atónito.) ¿Y tendreis resolucion?

LOLA. (Con entereza.)
Irrevocable, os lo juro.

P. JOSÉ. Ved que este paso es muy duro.

LOLA. Dios me dará el galardon;
y al menos allí el Señor
amparará mi orfandad,
y encontraré su piedad
cuando me mate el dolor.

P. JOSÉ. (Enternecido.)
Confiad en él, señora,

que en su precepto sagrado
dice: bienaventurado
aquel que en la tierra llora:
su santa gracia os inspira,
él sostendrá vuestra fé.

LOLA. (Ap. y con desfallecida resignacion.)
Y al menos respiraré
el mismo aire que él respira.

P. JOSÉ. Partamos, hija, los dos;
la paz de Dios mereceis.

LOLA. ¿Y á salir me obligareis
sin darle el último adios?

P. JOSÉ. ¿Para qué, hija? Si sincera
es vuestra resolucion,
vais á aumentar su afliccion.

LOLA. Será por la vez postrera.
No temais que por la boca
salga el fuego de esta pira;
el amor que ese hombre inspira
engrandece cuanto toca.

(Váse el P. José por la puerta de la izquierda por donde se ha ido Diego.)

ESCENA VIII.

LOLA sola.

Valor, corazon, valor,
que tu rumbo no se tuerza;
salga un exceso de fuerza
del exceso del dolor.

ESCENA IX.

LOLA y DIEGO, pálido, como un hombre gastado por el sufrimiento.

LOLA. (Fijando la vista en Diego y procurando dominar su propia emocion con cariñosa languidez.)
Diego, yo os hice llamar
porque... me alejo de vos;
el buen ministro de Dios

guia mi planta al altar.

DIEGO. (Con nerviosa energia.)
¿Y podreis dejarme asi?

LOLA. No estorbeis esa partida;
ved que no hay otra salida
digna de vos y de mí.

DIEGO. (Con doloroso excepticismo.)
Nuestras almas peregrinas
que el amor habia unido,
Lola, ¿qué habrá recogido?

LOLA. Nada, nada mas que espinas.
Desgarradora es la senda,
pero en la tribulacion
dando á Dios mi corazon
será digna de él la ofrenda.
(Con afectuosa expresion.)
Y hasta que el ataud
hunda mi cuerpo el dolor,
yo os conservaré este amor
digno de vuestra virtud.

DIEGO. (Con desesperada sonrisa.)
Callad: mi virtud es vana,
porque vacila mi fé,
y ya ni yo mismo sé
qué será de mí mañana.
Ay, Lola, me vuelvo loco, (Con pasion.)
y en esta lucha homicida
dejo á pedazos la vida.

LOLA. Valor, que ya falta poco.
Apuremos como buenos
esta senda de tortura,
ya que no sin amargura,
sin remordimiento al menos.
(Breve pausa.)
Lancemos, Diego, la postrer mirada
sobre el verjel de la pasada vida,
pues podemos aun inmaculada
alzar la frente al cielo en la partida;
de hiel, lágrimas tristes hoy derrama
el alma dolorida y sin consuelo;
solo uno queda, y es que nuestra llama
fué digna de los ángeles del cielo.

Valor, que al cabo la jornada es breve.
(Llorando.)
En la bondad de Dios, Diego, esperemos;
y aunque hoy en ambos el dolor se cebe,
al fin de la jornada nos veremos.
(Diego se seca las lágrimas y Lola las suyas.)
¿Vendrá aqui Elena si la llamo ahora?

DIEGO. Nunca á su corazon se llama en vano:
(Acercándose á la puerta.)
Elena, ven.

ESCENA X.

DICHOS, ELENA y el P. JOSÉ.

ELENA. ¿Qué quieres?

DIEGO. La señora
quiere el consuelo de estrechar tu mano.

LOLA. (Dirigiéndose á Elena.)
Deseaba pediros un abrazo.
(Diego se deja caer en el sillon de la derecha. Con explosion de llanto.)
¿Quereis dármelo, Elena?

ELENA. (Fijándose en la sufrida cara de Lola y con candorosa expansion.)
Á Dios pluguiera
que cual es de cariño estrecho lazo,
de dicha para vos bálsamo fuera.
(La abraza y besa.)

LOLA. ¿Me otorgará una gracia vuestro pecho?

ELENA. ¿Qué quereis?

LOLA. Prometedme, hermana mia,
ser la postrera amiga de mi lecho
cuando llegue mi hora de agonia.

ELENA. ¿Y si en el triste caminal de abrojos
me alcanza antes que á vos la hora postrera?

LOLA. No; que aun verán serenos vuestros ojos
lozana renacer la primavera.
¿Venir me asegurais?

ELENA. Os lo aseguro.

LOLA. Me moriria triste y solitaria,
y en vuestro llanto hay un dolor tan puro,

que si mi fé vacila en la plegaria,
vuestra virtud me servirá de ejemplo.

P. JOSÉ. (Cogiéndola enternecido.)
Vamos, hermana, á recobrar la calma:
bajo la santa bóveda del templo,
pediremos á Dios la paz del alma.
(Váse Lola lentamente, apoyada en él, enjugando sus lágrimas; Diego la sigue con los ojos, debiendo procurarse que antes de llegar á la puerta haya lugar para los tres siguientes versos de Elena.)

ELENA. (Mirando á Lola.)
En los rudos embates del destino
la mano del Señor calme tu pena
y borde de azuzenas tu camino.
(Al llegar Lola á la puerta de salida se quita el pañuelo de los ojos para mirar lánguidamente á Diego, y desaparece. Al recibir Diego esa mirada, se levanta desencajado del sillon, y al advertirlo Elena se precipita á él sujetándolo en sus brazos.)
Diego, Diego, por Dios.
(El primer movimiento de Diego es para desasirse de cuanto le sujeta; pero al fijar los ojos en la sufrida fisonomia de Elena, vuelve á caer aplomado en el sillon con la vista vaga y la voz apagada.)

DIEGO. No es nada, Elena.
(Elena alza los ojos al cielo y se echa á llorar.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

EPÍLOGO.

Humilde celda de una monja: alcoba con las cortinas caidas, reclinatorio con libros, puerta de salida á la izquierda, etc. Al levantarse el telon estará la comunidad arrodillada orando con el libro en la mano.

ESCENA PRIMERA.

Se levanta la ABADESA y las monjas la rodean.

ABADESA. Hermanas mias, de virtud modelo
vá al fin á conseguir dias mejores,
á Dios tendiendo su sereno vuelo,
Sor Maria Dolores.
El alma ya luchando se despega
del frio engaste del carnal ropaje,
el peregrino fatigado llega
al fin de su viaje.
Roguemos, pues, que en sus postreras horas
para alcanzar el cielo que la aguarda,
la ampare con sus alas protectoras
el Ángel de la Guarda.
La santa antorcha de la fé cristiana
alumbre su alma en su postrera via;
y mientras vá doblando la campana

el toque de agonia,
vamos al templo á alzar la pura ofrenda
del alma rocogida y solitaria,
y envuelta en el incienso á Dios ascienda
la voz de la plegaria.

ESCENA II.

El P. JOSÉ y el DOCTOR, saliendo de la alcoba.

P. JOSÉ. Si pudiese hallarse medio
de calmar su agitacion!
DOCTOR. Lesiones del corazon,
padre, no tienen remedio.
Su agonia será corta,
pues se advierte de contado
que palpita dilatado
el cayado de la aorta;
de la sangre el movimiento
se percibe al simple oido,
turbacion en el latido...
acongojado el aliento...
P. JOSÉ. Y bien, ¿qué podria hacerse?
DOCTOR. Poco, ó nada; es cosa séria
un aneurisma en la arteria
que está próxima á romperse.
P. JOSÉ. No la abandoneis, Doctor.
DOCTOR. Se encuentra tan delicada;
si no, en un sillon sentada
respiraria mejor;
y esa alcoba es tan caliente
y un vaho pesado exhala...
que la saquen á esta sala,
donde es mas puro el ambiente.
P. JOSÉ. Vos que teneis experiencia
de lo que la ciencia alcanza,
¿no abrigais una esperanza
de conservar su existencia?
DOCTOR. De mi ciencia las nociones
las he estudiado completas,
y he aprendido á hacer recetas,
pero no á hacer corazones;

y aun asi en edad madura
el triste saber se adquiere
de qué mal uno se muere,
pero no cómo se cura.

P. JOSÉ. Vuestra sentencia me aterra.

DOCTOR. Lo siento, padre, por vos,
mas si no viene de Dios
no hallo remedio en la tierra;
si otro desmayo la asalta
la dareis éter á oler.

P. JOSÉ. ¿Nada mas queda que hacer?

DOCTOR. Nada mas.

P. JOSÉ. Lo haré sin falta.

DOCTOR. (Sacando el reloj.)
Me he de ir, á vos la fio.

P. JOSÉ. Volved pronto.

DOCTOR. Si por cierto,
pero á mi vuelta os advierto
que hallaré el cadáver frio. (Váse.)

(El P. José se acerca á la puerta; entran cuatro monjas que sacan de la alcoba á Lola desmayada en un sillon, y al estar en la escena les señala que se retiren.)

ESCENA III.

P. JOSÉ y LOLA.

P. JOSÉ. Eterno Dios, que de tu inmensa altura
tiendes una mirada cariñosa
á la pobre criatura
cuyo despojo vá á cubrir la losa;
cuando se rompan los vitales lazos
con bien, Señor, á tu presencia arribe,
y abriéndole tus brazos
en tu misericordia la recibe.

(Toma un frasquillo de éter y lo hace oler á Lola, que hace un pequeño estremecimiento y abre los ojos.)

Se vuelve á reanimar;
animacion pasajera!
es la ráfaga postrera

de una luz que vá á espirar:
creed y esperad, hermana,
que Dios os vá á recibir.
(Se oye el lejano y grave tañido de una campana.)

LOLA. Padre, ¿qué quiere decir
el toque de esa campana?

P. JOSÉ. (Con gravedad.)
Es, hermana, un signo externo
con que el creyente ha marcado
el toque de un desterrado
que llama al hogar paterno.
Es la voz de la oracion
con que á los fieles se avisa,
que hay un alma que divisa
las palmeras de Sion.

LOLA. ¡Y cuánto tardo en llegar!
Hacedme oir vuestro acento,
y hasta mi postrer momento
ayudadme, padre, á orar.

P. JOSÉ. En esta augusta ocasion
consuela mi alma angustiada
al ver en vuestra mirada
tan santa resignacion.
(Con mística ternura.)
El cielo rompe los lazos
de nuestra mortal fatiga,
y la muerte es una amiga
que nos aduerme en sus brazos:
y el alma en fé sumergida
tranquila espera á Dios bueno,
que viene á rasgar de lleno
el misterio de la vida.
«Visteis del mar la braveza [1]
»cuando del viento azotada
»trae impreso en su oleada
»el sello de su grandeza?
»Asimismo visteis vos

---

1 Los versos virgulados se pueden atajar en la representacion.

»los humanos corazones
»que en sus inmensas pasiones
»traen el sello de Dios.
»¿Creeis que puede apagar
»el silencio de la tumba
»ese *mas allá* que zumba
»cual eco vago en el mar?
»No, hija, se queda el duelo
»del cuerpo en la muda calma,
»pues tiene un aliento el alma
»que ha menester el cielo.»
Tened confianza en Dios.

LOLA. Sí tengo; que esta pasion
ha abierto en mi corazon
fuentes de fé y de esperanza:
cuando la materia inerte
se vá ya enfriando en mí,
aun siento, padre, algo aquí
que no puede helar la muerte:
un mas allá que se encierra
en mi manera de amar,
que no lo llegó á alcanzar
el polvo vil de la tierra;
»porque el amor leve y ruin
»que en la materia germina
»con la existencia termina,
»y mi amor no tiene fin.»
Y estrecho en la cavidad
de mi mortal corazon,
pidiendo está la expansion
del cielo y la eternidad.

P. JOSÉ. Dios os quiso destinar
para luchar y vencer.

LOLA. Padre, le quisiera ver,
porque voy pronto á espirar.

P. JOSÉ. Procurad, hija extinguir
esa mundanal idea.

LOLA. Dejad que una vez le vea
la mujer que vá á morir.

P. JOSÉ. Pensad, hija, en vuestro estado.

LOLA. Endulzurá mi agonia.

P. JOSÉ. ¿Tanto le amais todavia?

LOLA. (Con certeza.)
Como nunca le haya amado:
cuando en religioso anhelo
ruego á Dios, pienso en ese hombre,
y veo escrito su nombre
sobre las puertas del cielo.
P. JOSÉ. Refrenad ese deseo
y ofrecedlo al Criador,
que es el principio de amor,
y creed en él.
LOLA. (Alzando los ojos al cielo.) Yo creo.
P. JOSÉ. En vuestro lance postrero
su santa ayuda implorad,
y esperad en su bondad
que os dará el cielo.
LOLA. Yo espero.

ESCENA IV.

DICHOS y la PORTERA, dirigiéndose al P. José.

PORT. De negro velo cubierta,
una dama principal
por sor Maria Dolores
acaba de preguntar.
P. JOSÉ. ¿No le habeis dicho su estado?
PORT. La hemos informado ya,
y pide con grande empeño
que se la permita entrar.
P. JOSÉ. ¿Ha dicho cómo se llama?
PORT. Elena de Carvajal.
LOLA. Dejadla entrar, padre mio.
P. JOSÉ. (Á la portera.)
Decid que puede pasar.
(Váse la portera.)

ESCENA V.

DICHOS y ELENA, que entra despues de los cuatro primeros versos.

P. JOSÉ. Hija, procurad tener

el corazon bien contrito.

LOLA. Padre mio, necesito
el perdon de esa mujer.

ELENA. Lola, Lola, amiga mia.
(Ap.) ¡Eterno Dios, en qué estado!

P. JOSÉ. (A Elena.) No la agiteis demasiado,
porque se halla en la agonia.

LOLA. «Amiga, aunque os cause pena
»la angustia de un moribundo,
»á la que se vá del mundo
»tendedle la diestra, Elena,»
(Tendiéndole la diestra.)
De vuestro buen corazon
turbé la paz y la calma;
le amaba con toda el alma;
perdon, Elena, perdon.
Solo Dios que nos escucha
sabe el amor que hay en mí;
mientras pude, combatí,
y veis el fin de esta lucha:
yo domé mi voluntad,
mas el humano albedrio
puede guiar el navio,
pero no la tempestad.

ELENA. Hermoso y cándido lirio
que marchitó el padecer,
id al cielo á recoger
la corona del martirio;
y endulce vuestra agonía
como prenda de perdon
esta, de mi corazon,
ferviente lágrima mia.

LOLA. Elena, de mi conciencia
un peso me habeis quitado,
y esa lágrima ha borrado
las culpas de mi existencia.
¿Y él?

ELENA. Al saber vuestro estado,
á fin de poderos ver,
se fué corriendo á obtener
un permiso del prelado
para entrar.

LOLA. Al cielo pleguc.
ELENA. Si, Lola, vendrá volando.
LOLA. Mi vida se vá apagando.
Será tarde cuando llegue.
«Antes de morir quisiera
»oir su acento de amor.
»Él fué la primera flor
»de mi hermosa primavera,
»de mi vida el primer paso;
»yo la aspiré blanca y pura:
»¡qué triste es hoy su hermosura
»mirada desde el ocaso!
P. JOSÉ. »Hija, esa flor vivirá
»en el verjel del eden.
LOLA. »Si, padre, si; hacedme bien:
»habladme de un mas allá.»
(Á Elena.) Por lo que por él sufrí,
á vos que su amor teneis,
os suplico que le ameis
por vos, Elena, y por mí.
«Y si el alma desprendida
»puede volar desde el cielo
»á dar un leve consuelo
»á los que amamos en vida,
»en las horas de quebranto
»yo volaré dulcemente
»en torno de vuestra frente
»para secar vuestro llanto.»
(Ligero estremecimiento.)
Cubre... mis ojos... un velo.
(Con voz apagada.)
Padre... vuestra bendicion.
P. JOSÉ. (Con conmocion y solemnidad.)
¡Del sacerdote el perdon,
te abra las puertas del cielo!
(Queda Lola un momento en estortor, y al oir la voz de Diego desde fuera hace un violento esfuerzo para detener su último aliento, cayendo cadáver en la silla: Elena de rodillas teniendo su mano izquierda, y el P. José la derecha.)
DIEGO. (Desde afuera.)
Es del prelado el permiso;

he de entrar.

PORTERA. Está vedado.

DIEGO. Haceos, hermana, á un lado.

ESCENA VI.

DICHOS, DIEGO y cuatro monjas, que se colocarán junto al cadáver.

DIEGO. (Entrando con desesperada ansiedad.)
Lola!

P. JOSÉ. Está en el paraiso.

DIEGO. (Mirándola con ojos desencajados.)
¡Ah!... (Pausa.)

P. JOSÉ. (Con marcada conmocion.)
Hijo, delante de Dios
gozando de gloria está,
y vos olvidais que acá
otro ángel llora por vos,
(Señalando á Elena.)
á que á una vida de hiel
vuestro dolor la condena.

ELENA. (Levantando los ojos al cielo.)
Dios mio, doblad mi pena,
pero que no sufra él.

DIEGO. (Mirándola y aparte.)
¡Elena!... ¡Cuánto sufrir
en aquel llanto se encierra!
(Con amargura y resignacion.)
Corazon, hay en la tierra
deudas santas que cumplir.
(El P. José levanta á Elena y la acerca á Diego.)

ELENA. (Llorando.)
Si te pesan ya los lazos
de mi amor, yo iré á buscar
un claustro donde llorar.

DIEGO. (Un tanto conmovido.)
Ven, ángel, llora en mis brazos.

ELENA. (Con arrobamiento.)
¡Oh, gracias, gracias, señor!

DIEGO. Seca el llanto.

ELENA. Es de placer;

(Con expansion de lágrimas.)
porque hay en mi seno un ser
que necesita tu amor.

DIEGO. (Estremecido.)
Elena, Elena, Dios santo,
gracias por tu compasion,
que á un herido corazon
abres las fuentes del llanto.

P. JOSÉ. ¿Lo veis? el dolor humano
Dios con tierno llanto borra:
hijos, venid, y que corra
sobre el pecho de este anciano:
vuelva la calma á los dos
tras tan ruda tempestad.

ELENA. ¡Bendita vuestra bondad!

P. JOSÉ. ¡Bendito el nombre de Dios!
(Se oyen en lejano término las confusas armonías del órgano mientras cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.